

Anacleto Morones, un santo con escamas

«¡Viejas, hijas del demonio! Las vi venir a todas juntas, en procesión. Vestidas de negro, sudando como mulas bajo el mero rayo de sol. Las vi desde lejos como si fuera una recua levantando polvo. Su cara ya ceniza de polvo. Negras todas ellas. Venían por el camino de Amula, cantando entre rezos, entre el calor, con sus negros escapularios grandotes y renegridos sobre los que caía en goterones el sudor de su cara». Ante esta llegada Lucas Lucatero trata de esconderse. Las beatas tratan de obtener de Lucas un testimonio de primera mano a fin de lograr la santidad oficial del fallecido Anacleto Morones, más conocido entre las viejas como Niño Anacleto, y que fue yerno de Lucatero, amén de haber hecho de las suyas entre la pléyade de beatas que aparecen en la procesión. Ya parece dicho todo sobre el relato, pero hay algo más.

Hay, por ejemplo, un inframundo de misticismo irreal y absurdo a través del cual vamos conociendo el alma de un pueblo humillado, para el cual un asidero como el pretendidamente celestial que les brinda Anacleto es la única posibilidad de subsistir en medio de las miserias, el frío y la soledad. Es así como se propicia esa cruzada en pos de razones para patentizar la beatitud de su héroe, nacido al calor de la violencia que engendra la pobreza y el desamparo. «Queremos que nos acompañes en nuestros ruegos. Hemos abierto, todas las congregantes del Niño Anacleto, un novenario de rogaciones para pedir que nos lo canonicen. Tú eres su yerno y te necesitamos para que sirvas de testimonio. El señor cura nos encomendó le lleváramos a alguien que lo hubiera tratado de cerca y conocido de tiempo atrás, antes que se hiciera famoso por sus milagros. Y quién mejor que tú, que viviste a su lado y puedes señalar mejor que ninguno las obras de misericordia que hizo. Por eso te necesitamos, para que nos acompañes en esta campaña». El que Lucas Lucatero reniegue de esta posibilidad de testimoniar para tan bondadoso logro tiene amplias connotaciones terrenas. En primer lugar, la hija del presunto santo no era un modelo de virtudes. «La corrí. Y estoy seguro de que no está con las Arrepentidas; le gustaba mucho la bulla y el relajo. Debe andar por esos rumbos, desfajando pantalones». Como segundo dato no hay más que remitirse a las propias confesiones de las beatas. «Sólo sus milagrosas manos me arroparon en esa hora en que se siente la llegada del frío. Y le di gracias por el calor de su cuerpo; pero nada más». La índole milagrera de Anacleto queda también reflejada en uno de los comentarios de las beatas. De todo ello se concluye lo poco fiable de tal santidad y las características apócrifas de tan conspicuo personaje, pese a lo cual aún encontró en esa gente del pueblo avalistas a su ministerio, tal vez porque determinadas circunstancias impulsan a la sobrenaturalidad en un entorno vacío de otras bondades. Sólo Lucatero sabe resistir este impulso místico, oponiendo a las pretendidas virtudes del santón todo el cúmulo de negatividades que él y su hija aportaron a la existencia propia y de los demás. «A él le gustaban tiernas; que se les quebraran los güesitos; oír que tronaran como si fueran cáscaras de cacahuete». Por eso huye de la testificación, por eso y por algo más que luego veremos, para lograr una autorizada santidad para Morones, aunque se sigan aperturando testimonios que podrían contradecir la opinión de Lucas en favor del santo. «Yo soy huérfana y él me

alivió de mi orfandad; volví a encontrar a mi padre y a mi madre en él. Se pasó la noche acariciándome para que se me bajara la pena».

Nuevamente en este relato se pone de manifiesto el perfecto conocimiento de Juan Rulfo en torno a las gentes del pueblo, las sencillas gentes iluminadas por el hambre y la soledad y ensalzadas por fines místicos pocas veces racionalizados. Aparece como una desazón colectiva por implicar al conjunto de habitantes de ese mundo rural y angustiado en empresas de mayor valía que las propias, dato muy propio de pueblos abandonados a su propio destino. Como si más allá de tal cúmulo de desgracias (el frío, la soledad, los abandonos) pudiera surgir el iluminado que confortara, al menos espiritualmente, aunque a veces más que de esta manera, a todo un conjunto de miserables. Rulfo hace aquí una descripción casi maravillosa del personaje de Lucas Lucatero y de las anónimas beatas, como si de una obra dramática se tratara; el protagonista queda en «off» y es, sin embargo, el impulsor de toda la acción, de toda la violencia soterrada que es capaz de renacer al otro lado de aquella puntual enemistad entre la virtud y el vicio que, por cierto, aparecen perfectamente unidos, emparejados.

El final nos llenará de cierto agobio, tal vez por lo inesperado, por lo vivamente dramático. A través de las cortas páginas del relato, ni siquiera nos da por pensar qué habrá sido del pretendido santo, del Niño Anacleto, como si su muerte hubiera sido una nueva posibilidad para el virtuosismo y la clemencia. Sólo la confesión de Lucas Lucatero, a nosotros, al lector, de cómo sucedió el óbito, los móviles de tal evento y el lugar de reposo de su suegro nos pondrían los pelos de punta si no fuera por la sencillez y tranquilidad como se nos cuenta. «Y ahora la Pancha me ayudaba a ponerle otra vez el peso de las piedras, sin sospechar que allí debajo estaba Anacleto y que yo hacía aquello por miedo de que se saliera de su sepultura y viniera de nueva cuenta a darme guerra».

Un hijo bastante pródigo

He aquí la historia de un hijo bastante pródigo, acunado al final por el valor desmedido, aunque obligado, del padre al que abandonó.

Un relato de algunas páginas titulado *No oyes ladrar los perros* es la ocasión que nos da Juan Rulfo para situarnos en medio de la moribundía de Ignacio, alguien que llevó una vida hosca y desapacible y que, en un ajuste de cuenta o algo parecido, termina malherido y es salvado por su padre, quien cargando a hombros con él va recorriendo distancias angostas a fin de lograr llevarle a un reposo seguro en que poder curar sus heridas. Las recriminaciones del padre, mientras avanza lentamente como si fuera «una sola sombra, tambaleante», son una especie de reconvención por el pasado furibundo que debió afectar tanto a los dos protagonistas como a la esposa y madre de los mismos, ya muerta, lo cual no borra el deseo de una pronta mejoría para el herido. Su padre, pese al cansancio, promete: «Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargado desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean». El herido apenas responde, apenas ve el horizonte, apenas oye. La suya

es una historia calcinada. Va resurgiendo un pasado casi tenebroso y dramático, apenas desvelado por el padre, ahora que tan lejos quedan otros minutos y otras situaciones. «Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas». O sea, el clásico cúmulo de reproches, cuando ya sólo es posible inventarse un futuro o bucear en las posibilidades de crear un presente menos infortunado.

En *No oyes ladrar los perros*, Rulfo crea un sugestivo ambiente de violencia caduca, de agonía casi tumultuosa, de soledad oscura y, por ello, compartida. El ambiente es pedregoso y desolado, por lo cual la caminata de los dos hombres, el padre portando al herido, se presenta como más violenta y triste. Casi nada parece posible en ese deambular, casi nada tiene valor, salvo el llegar a un lugar seguro, el descubrir un horizonte con casas y con gente. Atrás ha quedado otro tiempo de cierta convivencia familiar, de cierta tranquilidad hogareña que hoy no parece posible recuperar. «Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso...» El rencor resucitado, el odio después del amor, como si la pobreza infausta fuera, además, capaz de crear tantos desafectos y tantas iniquidades. «Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!” Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena». He ahí el testamento de deshonor, esa violencia inmensa que puede llegar a crear tal odio en el padre hacia el hijo desalmado, como si la miseria sólo fuera capaz de desunir, en vez de atar, y gracias a cuyas situaciones es posible contemplar esta decadencia, ese hijo herido a lomos de un padre cansado y zigzagueante camino de ningún lugar, ya que el sendero parece conducirles a una simple confrontación entre padre y carga, entre cargador e hijo, como si ningún otro vínculo les hubiera atado antes o fuera capaz de atarles después. «Me acuerdo cuando naciste». Y el padre rememora las hambres y la sed del hijo, que ahora también las siente, tal vez por el dolor o la inconsistencia, al ir cargado gracias a sus heridas a espaldas de su progenitor. Pero ni un lamento, ni una incontestada tragedia asomando a su rostro, si acaso algunas lágrimas. «¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que en lugar de cariño le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: “No tenemos a quién darle nuestra lástima”. ¿Pero usted, Ignacio?»

Llegan al pueblo al fin los dos hombres, como al final de un túnel, como al principio de una nueva soledad. El padre se libera del cuerpo del herido y ambos comienzan a oír ladrar los perros. Como si la llegada al lugar elegido no fuera más que el inicio de más violencia, de más nocturnidad, tal vez por la historia de desarraigo